



SER PUESTOS CON CRISTO POBRE

Celebración fiesta de San Ignacio de Loyola
Jesuitas, colaboradores, familiares, amigos y bienhechores
Iglesia San Ignacio, domingo 1 de agosto de 2010

Queridos hermanos y hermanas,

Nos volvemos a reunir para celebrar juntos la fiesta de San Ignacio. Queremos dar gracias al Señor por tanto bien recibido y por la misión que se nos ha confiado. Desde hace un tiempo venimos pidiendo la gracia de colaborar juntos, jesuitas, religiosas y laicos en la misión de Cristo, y de constituir una red apostólica Ignaciana que sirva en la Iglesia. Hoy queremos volver sobre esa gracia a la vez que agradecer al Señor que nos confirme en esa misión.

Probablemente cuando pensábamos en esta celebración en el año del Bicentenario y en el contexto del Encuentro latinoamericano de Ex alumnos, no estaba en nuestro horizonte la situación nacional y eclesial en la que nos encontraríamos. Si el año pasado pedíamos la gracia de **ser puestos en el corazón del mundo**, no podemos decir que no se nos ha regalado la gracia que pedimos.

Este año los Jesuitas de Chile queríamos ahondar en el llamado a optar por los pobres, pero nunca pensamos que íbamos a ser efectivamente empobrecidos y violentamente puestos ante tanta pobreza. Nuestro país más pobre y con más pobres que antes. Nuestra Iglesia menos creíble y avergonzada, con más heridas que antes. Nuestra provincia más vulnerable que antes. Un país que celebra el bicentenario en pobreza. Una Iglesia a la fuerza más humilde. Una Compañía más consciente de su fragilidad. Parece que el Jesús pobre y humilde, que tanto apasionó a San Ignacio, nos ha visitado.

Los textos que hemos escuchado nos advierten de lo vano de la codicia de logros, de cifras, de metas en los que nos miramos complacientemente. Nosotros, como el hombre de la parábola, habíamos almacenado tanto y creíamos poder vivir de las rentas, del prestigio, del esfuerzo y de la confianza ganada por otros. Sin embargo, en cosa de minutos en el terremoto o al lento ritmo de los sucesivos escándalos eclesiales muchas de nuestras seguridades se han visto comprometidas y ha aparecido con fuerza y claridad nuestra vulnerabilidad.

Ante esta realidad nos podemos quedar atrapados en la desesperanza, paralizados por las distintas pérdidas que hemos experimentado, distantes y desconfiados ante la evidencia de la fragilidad de aquellos en quienes habíamos puesto nuestra confianza. Nos podemos quedar al borde del camino lamentándonos de la crisis que atraviesa nuestra Iglesia, sufriendo la incertidumbre de si queremos o no pertenecer a una Iglesia, a una Compañía, a una red ignaciana tan humana y vulnerable.



Pero también podemos mirar de frente nuestros dolores y los de tantos que nos han salido al encuentro, asumir las pasiones que ellos nos provocan, reconocer la rabia que nos causa la injusticia y la impotencia de no saber cómo se reconstruyen nuestro país, nuestra Iglesia y nuestras confianzas.

¿Cómo reaccionamos ante este dolor, ante la realidad que enfrentamos? ¿Cuál es el modo en el que Ignacio nos invitaría a enfrentarla? Alberto Hurtado nos animaría a preguntarnos ¿Qué haría Cristo en nuestro lugar? Con sencillez, y sin visos de omnipotencia, Ignacio nos animaría a pedir la gracia de ponernos con el Hijo, nos invitaría a contemplar al Hijo cargando su cruz invitándonos a amar y servir, a comprometer la vida con Jesús pobre y humilde.

Es fácil acompañar al Señor cuando nuestros deseos y compromisos hablan de logros, éxitos y gloria. Pero otra cosa es estar junto a Cristo en la cruz, en la de ayer y en la de hoy, cuando su divinidad se esconde y nos sentimos contagiados de su mismo fracaso, pobreza e inseguridad. Quizás en el experimentarnos más frágiles y vulnerables se nos ofrece la posibilidad de ser puestos con Cristo pobre y reconocer que puede ser una gracia muy liberadora. Ella puede ser fuente de libertad y alegría, de fuerza y pasión profética para luchar, y de humildad para caminar con los sencillos.

Como a Alberto Hurtado el Señor nos invita a ponernos a los pies de la cruz y reconocer los nuevos rostros de la pobreza, más hirientes que antes porque se dan en un contexto de mayor desarrollo y, a menudo, de mayor ostentación. Mirar con compasión a quienes viven hacinados en las cárceles, en situaciones de reclusión que no son evangélicas ni justas, a quienes, habiendo cumplido largas penas, viejos y enfermos, pudieran ser favorecidos por la petición de indulto que han hecho las Iglesias.

Desde la experiencia de vulnerabilidad podemos acoger y servir a nuestros hermanos inmigrantes que tantas veces son despreciados y abusados. Tenemos mala memoria, muchos de nuestros antepasados llegaron de igual modo a esta tierra y no son pocos los que por razones políticas o económicas en distintos momentos de nuestra historia fueron acogidos como tales en países hermanos.

Desde las pérdidas que hemos experimentado podemos tratar de entender y acompañar las luchas y esperanzas de nuestros hermanos mapuches, dueños de esta tierra desde mucho antes que algunos de nuestros antepasados llegaran, y ahora abusados, no reconocidos, empobrecidos.

Puestos con Cristo pobre podremos acercarnos a quienes han sido víctimas de todo tipo de abusos e injusticias, a quienes lo han perdido todo, a los que viven en soledad, insatisfechos, desesperanzados, sin familia, sin Dios, sin nadie que les anuncie una Buena noticia. En el hoy de la historia, de nuestra historia y de la historia de nuestro país, somos llamados a mirar y amar, tener compasión y servir, a tantos y tantas en quienes reconocemos al Señor que padece en la humanidad, al Hijo que carga su cruz y nos invita a cargarla con él, a compartir el peso, a hacérsela más liviana a nuestros hermanos.

Un país más pobre, una Iglesia humillada, una Compañía más frágil, pueden ser lugar propicio para esta misión. Solo desde nuestra pequeñez podremos reconocer al Hijo cargando su cruz en todas partes, invitándonos a cargar la nuestra y la de otros. Solo pueden tener compasión aquellos que han experimentado la compasión de Dios con ellos, solo los que se reconocen pobres y vulnerables pueden acercarse humildes a los pobres.



Así seremos colaboradores y no protagonistas, sabiendo que nuestro esfuerzo no es garantía de éxito, y que nuestras debilidades y las de otros nos acompañarán a lo largo de toda la vida. Así podremos construir casas, sabiendo que son precarias, que es solo un alivio y no una solución definitiva; acoger a las víctimas de los abusos respetando las huellas y heridas que pueden durar más de lo que quisiéramos; convertir nuestros modos de usar el poder, ser más transparentes y menos autoritarios; y aceptar que compañeros y colaboradores sigan otros caminos, que nuestros planes y proyectos se desarmen.

Sólo así, al pie de la cruz, es posible la esperanza en el Resucitado, la esperanza en que nuestro amor puede madurar, la confianza en que la vida triunfa y que podemos construir un país más justo, que vale la pena destinar nuestros aportes allí donde están los últimos, y aliviar la carga de los que ya se dan por vencidos. Los signos de la muerte seguirán allí en cada lugar y en el corazón de nuestra Iglesia, pero confiamos que desde la muerte surgirá la vida.

Pobres y esperanzados queremos estar atentos a descubrir los brotes de vida que sin estridencia van apareciendo y llenarnos de alegría ante los miles de voluntarios que se han puesto al servicio de quienes más han sufrido, la generosidad de muchos cuya compasión se transformó en compromiso, ante tantos hombres y mujeres que consagran su vida a Dios y que con sencillez nos muestran el rostro de Dios. Alegría por tanto bien recibido, por esta tierra donde hemos crecido, por esta Iglesia que nos ha enseñado el evangelio, por esta espiritualidad que nos compromete a amar y servir en todo.

Discípulos y misioneros que en el encuentro con Jesucristo, con la mirada puesta en Él, confiamos que su gracia es mucho mayor que nuestros límites y nuestras desconfianzas. Discípulos y misioneros frágiles para colaborar en la construcción de una iglesia más humilde que sirva a su pueblo al modo de Jesús.

Ignacio nos invita a hacer todo a mayor gloria de Dios. Lo que agrada a Dios, su gloria, es que el hombre y la mujer tengan vida, que los pobres y los que viven en la exclusión tengan vida, y la tengan en plenitud. Pidamos la gracia de que los laicos y laicas ignacianas, las religiosas y los jesuitas nos dejemos convertir por el Cristo pobre.

Que sostenidos en él consagremos nuestros desvelos y comprometamos nuestras vidas para construir una Iglesia en la que todos encuentren un motivo para seguir esperando, un país en el que todos sus hijos e hijas sean respetados en su dignidad, una mesa en la que todos tengan su lugar.

Que a este Dios fiel, que se arriesga a confiar en nosotros y nos confía su Reino, sea el honor y la gloria por los siglos de los siglos.